

SERMON NOVENO.

De la Tradicion.

HABEIS visto que la doctrina de la Iglesia tiene por objeto el misterio del bien y del mal, y que considerada en su forma, es decir, en el modo de alcanzar este objeto, es á la par una ciencia y una fe; una ciencia, porque el testimonio de Dios, sobre el cual está fundada, es del dominio de la evidencia y de la demostracion; una fe, porque este mismo testimonio se refiere á cosas infinitamente ocultas á la vista de nuestro espíritu. Ahora, para seguir el orden lógico, debo daros á conocer las fuentes de la doctrina de la Iglesia. Si esta doctrina no fuese mas que una ciencia, no reconocería otras fuentes que la naturaleza y la razon; pero reuniendo á las condiciones y prerogativas de la ciencia las condiciones y prerogativas de la fe, deriva principalmente sus dones de la tradicion y de la Escritura, depositarias del testimonio divino. Habré, pues, de ocuparme sucesivamente de la tradicion, de la Escritura, de la razon y de la naturaleza, como fuentes de la doctrina de la Iglesia; y despues examinaré mas á fondo la esencia de la fe y los medios de adquirirla.

Empezaré por la tradicion.

En Dios no existe la tradicion, porque para él no hay pasado ni futuro, porque vive por un acto único y eterno; pero para todo lo que se halla sometido á la sucesion, para todo lo que vive en el tiempo, la tradicion es un elemento necesario de vida. No es solamente la memoria de las cosas que ya no existen, sino tambien la continuidad de lo pasado en lo venidero. Sin la tradicion la vida no sería mas que una serie de momentos sin trabazon, una gota de agua caida despues de otra gota; carecería de unidad, y ni aun podría el hombre asegurarse de la identidad de su existencia. Si, en efecto, desde la hora de su nacimiento no se encadenase el momento al momento, la idea á la idea; si al levantarse por la mañana no eslabonase un poder desconocido para él el minuto que sigue al acto de despertar con el que precede al sueño, su existencia se vería interrumpida, y se afanaría en vano por ligar su pasado de ayer con su presente

de hoy. Hay, pues, en el tiempo un poder que forma la cadena de la unidad, y este poder es la tradicion. La tradicion es el vínculo que une lo presente con lo pasado: por ella, anudando en conjunto las horas, los años y los siglos, os poseis de vosotros mismos, como un sér uno y permanente, á pesar de la rapidez de las olas que os arrastran en su curso: ella es la que reúne las generaciones en un solo sér moral á que llamais familia, á las familias en un solo cuerpo que llamais pueblo, á los pueblos en un todo que llamais el género humano. Sin la tradicion, que mantiene la unidad en la sucesion, no sería el universo mas que un eterno aborto; perecería á cada minuto de su creacion incesante.

Sin embargo, todavía no he dicho todo lo que es en sí la tradicion: no es solo el lazo que une lo presente con lo pasado, sino tambien el que une lo pasado con lo venidero. En efecto, hay una ley soberana de las cosas, á saber, que el fin es proporcionado al origen; de donde se deduce que el conocimiento del origen revela infaliblemente el secreto del fin. Si fuese verdad que el mundo hubiese brotado como una seta maravillosa, sin saber cómo, en una sola noche, podría acabar como hubiera empezado; pero si la voluntad creadora ha fecundado la nada, si la faz del hombre ha sido animada con un soplo divino, el hombre no pertenece á la tierra, tiene un destino superior, y el soplo de Dios que está en él, en su inmortalidad final habrá de manifestarse. Siempre el fin corresponde al principio; esto consiste en una razon general que exige que el efecto sea proporcionado á la causa: la nocion de la causa y del efecto es el elemento principal de toda ciencia humana; y una consecuencia de esta nocion es, que los efectos no pueden superar á las causas ni dilatarse mas que en proporcion de su origen: el origen es el germen, es el poder que os ha producido; lo que no estaba en él no puede estar con vosotros. Vosotros no sois mas que efectos; en el poder que os dió la vida se encuentra la razon por la cual la recibisteis: así cualquiera que reconozca vuestro origen, sabe de seguro vuestro fin; pero el fin nadie le conoce. Reunid todas las potencias de vuestro espíritu, todas las fuerzas del raciocinio, y no rasgaréis el impenetrable velo de lo futuro. ¿Quién de vosotros me dirá lo que seréis dentro de poco tiempo? No os hablo del destino de las naciones, no os pido que profeticéis sobre la duracion de los imperios; os pregunto acerca de vosotros mismos. No os hablo de largos años, sino de la hora presente. ¿Quién de vosotros me dirá lo que seréis al fin de mi discurso? ¿Quién sabe qué cambios se habrán operado en vuestros espíritus?

¿Quién sabe cómo terminará la idea que nace ahora en vuestra mente? Así hasta el porvenir de vuestras ideas es un misterio en que se confunde vuestro pensamiento. Pero si no podemos contemplar el porvenir frente á frente, hay una cosa en que podemos fijarnos, como una imágen reflejada de antemano, y esta cosa es lo pasado. Si conocemos la palabra de lo pasado, conoceremos la palabra de lo futuro.

Ahora bien, la tradicion nos revela lo pasado, y de consiguiente nos revela tambien el porvenir; es el lazo de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, y la ciencia de los tres: si tuviésemos la memoria de la humanidad, como tenemos la memoria de nuestro sér personal, lo sabríamos todo; pero si no tenemos la memoria de la humanidad, la humanidad ¿no la tiene? ¿vive la humanidad sin memoria ni tradicion? Nada de eso, Señores: la mas rápida ojeada sobre el mundo nos revela que el jugo tradicional se derrama por él con profusion. No existe un solo pueblo que no viva de tradicion, y no solo de tradiciones históricas relativas á su tránsito por la tierra, sino de tradiciones religiosas relativas á su eterno destino. Menospreciar este depósito ¿es otra cosa que menospreciar la vida y lo que constituye su encadenamiento, la unidad, la luz, como acabamos de verlo? Toda doctrina que no se apoya en la tradicion, es una doctrina sin porvenir, porque es una doctrina sin pasado, es una doctrina sin conocimiento del fin de las cosas, porque ignora su principio; es una estatua que quiere tenerse en pié derrocando el pedestal sobre que debía sustentarse.

Por el contrario, la doctrina católica tiene por primer cimiento la tradicion conservadora de la palabra de Dios. Cuando Dios habló á los hombres, su palabra cayó en el tiempo; no era ya la palabra eterna, infinita, sustancial, el Verbo en sí mismo; era una palabra divina, si bien arrojada en el curso de las cosas terrenas, una palabra susceptible de decadencia, de degradacion, de olvido, condenada á vivir en el oído del hombre, á pasar por su boca, y sometida desde entonces á todas las vicisitudes de nuestra imperfeccion. Por fortuna la tradicion se apoderó de ella luego que hubo atravesado el umbral de la eternidad, y la tradicion no es ya ni un oído, ni una boca, ni una memoria aislada, sino el oído, la boca y la memoria de las generaciones ligadas entre sí por la tradicion misma, y que le dan una vida superior á los caprichos y á las debilidades de los individuos. De todos modos, Dios no quiso fiarse en la tradicion oral tan solo; y buscó un medio de fijarla por un signo vivo, universal

é indestructible, que la abarcase toda entera, y la llevase para siempre á las mas remotas irradiaciones del género humano: la tradicion simbólica debía agregarse á la tradicion oral, y sostenerla confirmándola.

La tradicion oral enseñaba el misterio del bien y del mal: que habia una naturaleza soberanamente perfecta, infinita y eterna, Dios; que esta naturaleza, que se bastaba á sí misma, por amor, por un amor cual no lo pueden conocer los hombres, habia querido que la nada participase de lo infinito; que el hombre habia despreciado este amor, prefiriendo al hombre, y á lo que es menos que él hombre, la tierra, y que esta concupiscencia corruptora le habia separado de Dios; que por un segundo acto de misericordia, Dios habia resuelto resucitar el amor y hacer por el hombre, reparándole, una cosa ante la cual pareciese pequeño el beneficio de la creacion; por último que el hombre, segun cumplierse ó faltase á la ley de la reparacion, seria eternamente unido á Dios ó privado de él eternamente. Tales eran, segun la tradicion oral, los cinco términos que constituian el misterio del bien y del mal: la existencia de Dios, la creacion del mundo y del hombre por Dios, la caida del hombre, su rehabilitacion por un acto insigne de la misericordia divina, y por último, el juicio final de todos los hombres. En tan pocas palabras se contenia todo el dogma, todo el culto, toda la moral, toda verdadera relacion con Dios; y lo que la tradicion oral decia, debia repetirlo la tradicion simbólica siempre y donde quiera, á fin de que la memoria del hombre, oscurecida ó engañada, volviese á la verdad por un espectáculo exterior, público, universal, omnipotente.

Ahora bien, Dios habia resuelto desde la eternidad salvar al hombre por el sacrificio sangriento de su único Hijo. En la creacion habia dado la vida al hombre sin quitársela á sí mismo, en la redencion queria quitarse la vida para dársela por segunda vez. No me detengo á explicaros este profundo designio de Dios; aun no ha llegado la hora, solo lo recuerdo como una cosa que no os es desconocida. Desde vuestra infancia fuisteis iniciados en ese misterio del amor, y no me engañaré diciendo que le habeis gustado con inefable ventura. ¡Ojalá lo gustéis todavía! ¡Ojalá la luz que regocijaba vuestros primeros años, no se haya apagado en vosotros á medida que vuestro entendimiento se ha hecho mas capaz de apreciar tamaño beneficio!

Habiendo Dios resuelto salvar al mundo por el sacrificio, halló

que el sacrificio encerraba en su esencia los cinco términos que constituyen el misterio del bien y del mal : la idea de Dios, á quien se ofrece el sacrificio; la idea de Dios criador, puesto que la víctima inmolada es un testimonio de su dominio supremo sobre todos los seres, dominio que no podría existir sin la creacion; la idea de la caída del hombre, puesto que el sacrificio ofrecido por todos es una expiacion universal; la idea de la reparacion, puesto que seria inútil expiar lo que es inexpiable; por último, la idea del juicio, puesto que si el hombre no tuviera nada que temer ni que esperar de la otra vida, la caída y la reparacion no serian mas que vanas palabras. Así que, Dios instituyó desde luego el sacrificio como un signo representativo del misterio del bien y del mal; hizo derramar en derredor de la cuna de la humanidad la sangre simbólica de los animales, aguardando que llegase el dia en que el verdadero Cordero fuese inmolado. Y como todo sacrificio supone tres cosas, el sacerdote, la víctima y el altar, estas tres cosas fueron establecidas desde el principio en triple testimonio de la palabra divina, dotadas las tres de inmortalidad y de universalidad. Abrid los ojos : ¿dónde no hay sacerdotes? ¿dónde no hay víctimas? ¿dónde no hay altares? Todo ha cambiado en el mundo menos esto. Mientras que la tradicion oral se dispersaba por todo el mundo con la emigracion de las tribus primitivas, pasando de los labios del patriarca á los de su posteridad, la tradicion simbólica, mas estable, bien que no menos elocuente, levantaba templos solemnes en todas las fronteras del porvenir. Corrian juntas la sangre y la palabra, y juntas decian las mismas cosas á la humanidad viajera y atenta. Cada vez que la tradicion oral experimentaba, al soplo de Dios, un movimiento de renovacion, la tradicion simbólica la sentia de rechazo. El sacrificio de Abel señala la era de la tradicion patriarcal; el sacrificio de Abraham señala la era de la tradicion hebraica; el sacrificio de Jesucristo, sacrificio final y consumidor, señala la era de la tradicion cristiana. El símbolo seguia el mismo progreso que la palabra; á medida que la palabra se elevaba y se completaba, era tambien la sangre mas pura y mas digna de ser entre los hombres el órgano de la verdad.

Tal es, Señores, la naturaleza de la tradicion y la historia. La tradicion es el vínculo de lo presente con lo pasado, y de lo pasado con el porvenir; es el principio de identidad y continuidad que forma las personas, las familias, los pueblos y el género humano. Corre en el género humano por tres grandes rios perfectamente visibles, el rio cristiano, el rio hebraico, y el rio patriarcal ó pri-

mitivo : en los tres es oral y simbólico, y sea oral ó simbólico, habla de Dios, de la creacion, de la caída, de la reparacion y del juicio.

Nos falta ver cuál es ahora su valor racional, ó mejor dicho, qué se puede deducir de aquí en favor de la doctrina de la Iglesia. Prescindiré de la tradicion oral, porque seria demasiado prolijo demostrar su unidad y su fuerza, y me detendré en la tradicion simbólica.

La tradicion, Señores, tiene el valor de un hecho : un hecho es el elemento científico por excelencia, y especialmente cuando está ligado con otro hecho, cuando muchos hechos juntos forman una serie, y es imposible creer que sea obra del acaso. Un hecho es una cosa que el entendimiento no produce, que se le resiste, que puede ser negado, pero que subsiste á pesar de su negacion. Si un sofista quisiera probaros que no existís, os reiríais de su argumentacion continuando vuestra existencia. Si otro sostuviera que los antípodas son una quimera absurda, os contentaríais con saber que los hay, porque se les ha visto. Acaso hubo un tiempo en que se hacia mas aprecio del raciocinio que de los hechos, en la explicacion de la naturaleza y de la sociedad : pero este espíritu ha sucumbido, al menos en las ciencias físicas. Vino Bacon diciendo á su siglo : « Harto os habeis cansado en especulaciones sin realidad ; no estudiéis la naturaleza en vuestras ideas, sino en sí misma ; observad, tocad, experimentad, ved lo que existe. » Nosotros os decimos lo mismo, Señores, ved lo que existe, no en un hombre, en una familia, en un pueblo, sino en el género humano. Ved el hecho del sacrificio y las nociones tradicionales que necesariamente envuelve, porque el sacrificio no es ya un acto material, una piedra sobre la cual es muerto un animal por un hombre que lleva extrañas vestiduras. El sacrificio es evidentemente un acto moral, religioso, dogmático ; tiene una significacion, á la cual se adhiere la humanidad ; y con efecto, donde quiera la humanidad se lo ha ofrecido á Dios como un reconocimiento de su soberanía, como una expiacion, como una especie de esperanza, como un medio de salvacion. En el sacrificio el hecho es inseparable del dogma, y el dogma que en él se contiene posee por consecuencia el valor científico de un hecho ; y no puede ser menospreciado, como no se puede menospreciar el movimiento de la tierra en derredor del sol.

En segundo lugar, el sacrificio tiene el valor de un hecho universal y perpetuo, es decir, de una ley. Vosotros, los que os ocupais de ciencias, ¿ en qué reconocéis una ley ? En dos caracteres : la uni-

versalidad de los hechos y su reproduccion constante. Cuando habeis reconocido en alguna parte esto dos caractéres, cuando habeis observado un fenómeno constante y universal, decís sacramentalmente : Aquí hay una ley. Pues bien, ahora os hallais entre dos extremos : ó negar la universalidad y la perpetuidad del sacrificio, ó decir que un hecho universal y perpetuo no es el signo de una ley. ¿ Negaréis que tal sea el signo de una ley? No podeis negarlo sin destruir la ciencia. ¿ Negaréis la universalidad y la perpetuidad del sacrificio? Pero el sacrificio se consuma en la sociedad cristiana, que está en todas partes, en la sociedad hebraica, que está en todas partes, en las sociedades humanas que quedarán fuera de estas dos, antes y despues de Jesucristo. ¿ Cómo negaréis esa triple universalidad y esta triple perpetuidad? Se dice que por una magnífica ilusion de óptica aparecen á veces en América tres soles en el firmamento : ¿ negaréis el sol en presencia de esa aparicion triple? El sacrificio es un hecho cuya universalidad y perpetuidad son tanto mas notables, cuanto que se ha mantenido á pesar de las revoluciones religiosas que mas han alterado el dogma, la moral y el culto. Si se hubiese respetado siempre la religion, se hubiera podido creer en una especie de conspiracion sacerdotal para mantenerla; pero no se la ha respetado, se la ha desnaturalizado de mil modos, se han agrupado mil fábulas en torno del sacrificio, y sin embargo el sacrificio ha permanecido intacto. Nada es capaz de destruir el sacerdote, la victima y el altar.

¡ El sacerdote ! ¿ Habeis pensado alguna vez en la dificultad de concebir un sacerdote? ¿ Os habeis nunca explicado, no cómo siempre ha habido sacerdotes, y cómo los hay todavía en tanto número, sino cómo hay uno solo? El que medite sobre el sacerdote y no se asombre de su existencia, es digno de lástima. ¿ Qué es un sacerdote? ¿ Es un hombre que forja la moral, un oficial de moral, como decia el siglo XVIII? Pero fuera del cristianismo ¿ dónde está la moral del sacerdote? ¿ qué es la moral de los pontífices de Grecia y de Roma antigua? ¿ Es el sacerdote un filósofo? Pero la filosofía combate al sacerdote. ¿ Es un funcionario público de cierta clase? Si todos los soberanos de Europa y del mundo se reuniesen para formar un sacerdote, solo conseguirian formar un hombre ridículo y envilecido. En esta capital hay hombres de Estado, hombres de talento, poetas, oradores, artistas; les ruego que se pongan de acuerdo para formar un sacerdote. ¡ Ya verian el resultado! Cierta dia, en tiempo de la república francesa, uno de los jefes del gobierno

se presentó en un templo vestido con una túnica blanca, y con un cinturón azul, llevando en la mano un jarrón de flores que ofreció al Sér Supremo, fundador de la república. Nada tenia este acto en sí que no fuéра sencillo y razonable. ¿ Por qué un magistrado con vestiduras solemnes no habia de ofrecer á Dios una de las cosas mas puras y mas amables de la creacion, un ramillete de flores? Sin embargo, vióse confundido y hecho el objeto del ludibrio general; y es que habia ejercido un acto de sacerdote sin haber recibido la transfiguracion sacerdotal, sin ser elevado á la incomprendible figura del sacerdote. ¡ El sacerdote! ¡ El hombre que no existe ni por la moral, ni por la filosofía, ni por el Estado, ni por el mundo! ¡ El hombre imposible de crear, y que sin embargo existe siempre y en todas partes! ¿ Qué es, en fin, el sacerdote? El sacerdote es el hombre ungido por la tradicion para verter la sangre, no como el soldado por valor, no como el magistrado por justicia, sino como Jesucristo, por amor : el sacerdote es el hombre del sacrificio, el hombre que por este medio reconcilia todos los dias el cielo y la tierra, y por él todos los dias anuncia á toda alma las verdades primordiales de la vida, de la muerte y de la resurreccion. Ved aquí por qué vosotros, hijos del siglo XVIII, vosotros, nutridos con los soberbios pensamientos de nuestra edad, cuando hace pocos instantes han alzado las manos sacerdotales la hostia consagrada, poseidos de involuntario respeto habeis inclinado la cabeza, por un instinto que espero sea agradable á los ojos de Dios. Así que, el sacrificio ó la tradicion, puesto que son una misma cosa, no forma simplemente un hecho, sino un hecho universal y perpetuo, es decir, una ley; y quien dice una ley dice una verdad, á menos que no se sostenga que la ley es de institucion humana, lo cual no sucede con el sacrificio, como se debe inferir de lo que acabo de exponer y de lo que añadiré todavía.

Para que la ley del sacrificio fuese de institucion humana, seria necesario concebir una autoridad que hubiera sido capaz de imponerle á todos los pueblos, en todas las épocas, á pesar de la diversidad de las ideas, de las costumbres, y del curso de las revoluciones del espíritu humano. Ahora bien, es evidente que semejante autoridad ni existe, ni es posible. Aun cuando en el origen del mundo un legislador investido con la soberanía de las tribus patriarcales hubiese establecido la ley del sacrificio, esta indudablemente hubiera perecido por el solo hecho de la separacion de las familias, que desprendidas del tronco comun marchaban cada una hácia su porvenir particular. Este resultado hubiera sido tanto mas

seguro, cuanto que la práctica del sacrificio no podría justificarse por la razón, como no podría ser inventada por ella: ¿qué relación existe, en efecto, entre la razón y el sacrificio? ¿Qué! ¿matar solemnemente un animal sería lo que la razón hubiera considerado como la obra religiosa por excelencia, como el homenaje más grato á la Divinidad, como el medio de remisión universal? ¿Sería esto posible? Y si en vez de considerar el sacrificio simbólico nos fijamos en el sacrificio real, es decir, en la muerte del Hijo de Dios para redimir al género humano, ¿cómo lo hubiera imaginado la razón, cuando todavía no puede comprenderlo ya verificado? La razón es tan extraña á la idea del sacrificio, que cuando ha querido razonarlo ha caído en el espantoso crimen de los sacrificios humanos. Sí, Señores, la razón es la que ha ofrecido hombres vivos á la Divinidad, la que los ha quemado, atormentado y abierto sus costados para descubrir en ellos las voluntades del Cielo. Ella es la que dijo á los hombres: Puesto que las víctimas son agradables á Dios, se deduce que las más excelentes son las más gratas; matad, pues, al hombre, porque el hombre es más precioso que el animal. Ved aquí lo que ha hecho la razón, cuando la razón se ha mezclado en los sacrificios: ella ha creado un crimen horrible contra Dios y contra el hombre, con el cual ha mancillado los anales de gran número de naciones. Y no obstante, tampoco es la sinrazón la que ha inventado los sacrificios, porque las naciones más civilizadas, así como las más bárbaras, se han arrodillado y se arrodillan un día y otro en derredor de la piedra ensangrentada; y además, desde que el Hombre-Dios se ha inmolado por el hombre, ha nacido en el mundo un espíritu de amor harto inmenso, una pureza demasiado elevada, una sociedad demasiado perfecta para que acuse de locura el origen de tan grande transformación.

De modo que el sacrificio ni es obra de la razón, ni obra de la locura, es una obra que domina la historia y la vida del género humano. Reconoced en esto el dedo de la Divinidad, el tipo de todas las obras sobrehumanas, que son á la vez imposibles á nuestra debilidad y á nuestra fuerza. Lo que la razón no puede hacer y no puede condenar, lo que no es razonable ni irrazonable, es evidentemente divino. Las cosas no son sino de tres maneras: ó superiores al hombre, ó iguales, ó inferiores. Si una cosa no es inferior al hombre, si no se halla á su alcance, viene de más arriba, es decir, de Dios.

Una vez establecida la divinidad del sacrificio, y por consiguiente de la tradición, de la cual es apoyo, falta averiguar dónde está el

sacrificio puro y completo, y por consiguiente la tradición, sin mezcla de error. Ahora bien, ya me habeis prevenido, os habeis fijado mentalmente en esa tradición privilegiada; habeis nombrado la tradición cristiana, porque al primer golpe de vista se descubre que solo el cristianismo posee el sacrificio real, del que los otros no son más que presagio y figura. ¿De qué vale para con Dios la sangre de los machos cabríos y de las becerras? ¿Qué relación existe entre matar á un animal y honrar á Dios? Pero á la luz del sacrificio cristiano todo se aclara, todo se explica, el dogma, el culto y la moral. Se concibe que todos los atributos de Dios se revelan en esa grande inmolación: su poder, su justicia, su misericordia, su sabiduría, su santidad. Se concibe que la víctima toca su corazón con una inefable ternura, y que no puede serle presentado nada más sublime. Se concibe que toda virtud se deriva de las llagas del Hombre-Dios, y que el hombre aprende en ellas la pureza con la caridad.

Aquí me detengo, Señores; he dicho bastante para haceros comprender la naturaleza, la historia y el valor de la tradición: os quedará al menos la impresión de que es tiempo de estudiar los hechos cristianos con tanta perfección, y por razones tan poderosas como los de la naturaleza. Seguid el movimiento de vuestro siglo: este enarboló la bandera de los hechos, y ya, merced á un estudio más concienzudo de la historia, ha rectificado, acaso sin quererlo, muchos errores. Si las pasiones se mezclan todavía en sus trabajos, las pasiones mueren y los resultados adquiridos subsisten. Adheríos pues á los hechos, Señores, á la tradición; salid de vuestra razón individual, estudiad el universo moral como el universo físico; uno y otro tienen sus leyes, que no dependen ni de nuestro entendimiento ni de nuestra voluntad. Toda nuestra gloria, toda nuestra fuerza consiste en conocerlas y en aceptar amorosamente su yugo; y este yugo es suave y ligero, porque los elementos del universo moral, así como los del universo físico, han sido dispuestos para la felicidad eterna del hombre.